

EL CUARTO REY MAGO - c

1º- 3º

Cuenta una leyenda rusa que fueron cuatro los Reyes Magos. Luego de haber visto la estrella en el oriente, partieron juntos llevando cada uno sus regalos de oro, incienso y mirra. El cuarto llevaba vino y aceite en gran cantidad, cargado todo en los lomos de sus burritos.

Después de varios días de camino se internaron en el desierto. Una noche los agarró una tormenta. Todos se bajaron de sus cabalgaduras, y tapándose con sus grandes mantos de colores, trataron de soportar el temporal refugiados detrás de los camellos arrodillados sobre la arena. El cuarto Rey, que no tenía camellos, sino sólo burros, buscó amparo junto a la choza de un pastor metiendo sus animalitos en el corral de pirca. Por la mañana aclaró el tiempo y todos se prepararon para recomenzar la marcha. Pero la tormenta había desparramado todas las ovejitas del pobre pastor, junto a cuya choza se había refugiado el cuarto Rey. Y se trataba de un pobre pastor que no tenía ni caballos ni fuerzas para reunir su majada dispersa.

El cuarto Rey se encontró frente a un dilema. Si ayudaba al buen hombre a recoger sus ovejas, se retrasaría de la caravana y no podría ya seguir con sus compañeros. El no conocía el camino y la estrella no la podía perder. Pero por otro lado su gran corazón le decía que no podía dejar así a aquel anciano pastor.

¿Con qué catadura se presentaría ante el Rey Mesías si no ayudaba a uno de sus hermanos?

Finalmente decidió por quedarse y gastó casi una semana en volver a reunir todo aquel rebaño disperso. Cuando finalmente lo logró se dio cuenta de que sus compañeros ya estaban lejos, y que además había tenido que consumir parte de su aceite y de su vino compartiéndolo con el pastor. Pero no se puso triste. Se despidió y poniéndose nuevamente en camino aceleró el tranco de sus burritos para acortar la distancia. Después de mucho vagar sin rumbo, llegó finalmente a un lugar donde vivía una madre con muchos niños. Además de los pequeños, tenía a su esposo muy enfermo. Era el tiempo de la cosecha. Había que levantar la cebada lo antes posible, porque de lo contrario los pájaros o el viento terminarían por llevarse todos los granos ya bien maduros.

Una vez más se encontró frente a una nueva pregunta. Si se quedaba a ayudar a aquellos pobres campesinos, sería tanto el tiempo perdido que ya tendría que hacerse a la idea de no encontrarse más con su caravana. Pero tampoco podía dejar en esa situación a aquella pobre madre con tantos chicos necesitada de aquella cosecha para tener pan el resto del año. No hubiera tenido corazón para presentarse ante el Rey Mesías si no hacía lo posible por ayudar a sus hermanos. De esta manera empleó varias semanas hasta que pudo poner todo el grano a salvo. Y otra vez tuvo que abrir sus alforjas para compartir su vino y su aceite.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/reyes/>

Mientras tanto la estrella ya se le había perdido. Le quedaba sólo el recuerdo de la dirección, y las huellas medio borrosas de sus compañeros. Siguiéndolas rehízo la marcha, y tuvo que detenerse muchas otras veces para auxiliar a nuevos hermanos necesitados. Así pasaron casi dos años hasta que finalmente llegó a Belén. Pero el recibimiento que encontró fue muy diferente del que esperaba. Un enorme llanto se elevaba del pueblito. Las madres salían a la calle llorando, con sus pequeños entre los brazos. Acababan de ser asesinados por orden de otro rey. El pobre hombre no entendía nada. Cuando preguntaba por el Rey Mesías, todos lo miraban con angustia y le pedían que se callara. Finalmente alguien le dijo que aquella misma noche lo habían visto huir hacia Egipto.

En el camino hacia el país de las pirámides tuvo que detener su marcha muchas otras veces. Siempre se encontraba a alguien necesitado de su tiempo, de su vino o de su aceite. Había que echar una mano, o socorrer una necesidad. Aunque tenía temor de volver a llegar tarde, no podía con su gran corazón. Se consolaba diciéndose que con seguridad el Rey Mesías sería comprensivo con él, ya que su demora se debía al haberse detenido para auxiliar a sus hermanos.

Quiso emprender inmediatamente su seguimiento, pero no pudo. Aquel pueblito de Belén era una desolación. Había que consolar a todas aquellas madres. Había que enterrar a sus pequeños, curar a sus heridos, vestir a los desnudos. Y se detuvo allí por mucho tiempo gastando su aceite y su vino. Hasta tuvo que regalar alguno de sus burritos, porque la carga ya era mucho menor, y porque aquellas pobres gentes los necesitaban más que él. Cuando finalmente se puso en camino hacia Egipto, había gastado mucho tiempo y dinero de su tesoro. Pero se dijo que seguramente el Rey Mesías sería comprensivo con él porque lo había hecho por sus hermanos.

Llegó a Egipto y se encontró nuevamente con que Jesús ya no estaba allí. Había regresado a Nazaret, porque en sueños José había recibido la noticia de que aquel rey que había mandado matar al Niño ya estaba muerto. Este nuevo desencuentro le causó mucha pena a nuestro Rey Mago, pero no lo desanimó. Se había puesto en camino para encontrarse con el Mesías y estaba dispuesto a continuar con su búsqueda a pesar de sus fracasos. Ya le quedaban menos burros y tesoros, y éstos los fue gastando en el largo camino que tuvo que recorrer, porque siempre las necesidades de los demás lo retenían por largo tiempo en su marcha.

Así pasaron otros treinta años, siguiendo siempre las huellas del que nunca había visto, pero que le había hecho gastar su vida en buscarlo.

Finalmente se dio cuenta de que había llegado a Jerusalén y que allí tendría que morir. Esta vez estaba decidido a encontrar al Mesías fuera como fuese. Por eso, ensilló el último burro que le quedaba, llevándose la última carga de vino y aceite, con las dos monedas de plata que aún tenía de todos sus tesoros iniciales. Partió de Jericó subiendo también hacia Jerusalén. Para estar seguro del camino, había preguntado a un sacerdote y a un levita que, más rápidos que él, se le adelantaron en su viaje. Se le hizo de noche. Y en medio de la noche, sintió unos

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/reyes/>

quejidos a la vera del camino. Pensó en pasar también de largo como lo habían hecho los otros dos, pero su gran corazón no se lo permitió y se puso a atender al herido que allí yacía.

Con el aceite que le quedaba untó sus heridas y las vendó con su propia ropa hecha jirones. Lo cargó en su animalito y, desviando su rumbo, lo llevó hasta una posada. Allí pasó la noche cuidándolo. Por la mañana, sacó las dos últimas monedas y se las dio al dueño del albergue diciéndole que pagara los gastos del hombre herido. Dejó también su burrito a disposición por lo que fuera necesario. Lo que gastara de más él lo pagaría al regresar.

Y siguió a pie, solo, viejo y cansado. Cuando llegó a Jerusalén ya casi no le quedaban más fuerzas. Era el mediodía de un viernes antes de la Gran Fiesta de Pascua. La gente estaba excitada. Todos hablaban de lo que acababa de suceder. Algunos regresaban del Gólgota y comentaban que allí estaba alguien agonizando, colgado de una cruz. Nuestro Rey Mago, gastando sus ultimísimas fuerzas, se dirigió hacia allá casi arrastrándose, como si él también llevara sobre sus hombros una pesada cruz hecha de años de cansancio, de caminos y de calamidades.

– *“Perdóname Rey de Reyes. Llegué demasiado tarde”*

Pero desde la cruz se escuchó una voz que le decía:

– *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*

Aportación de Ramiro C.

<https://ideaswaldorf.com/el-cuarto-rey-mago-t/>

<https://ideaswaldorf.com/todo-sobre-reyes/>